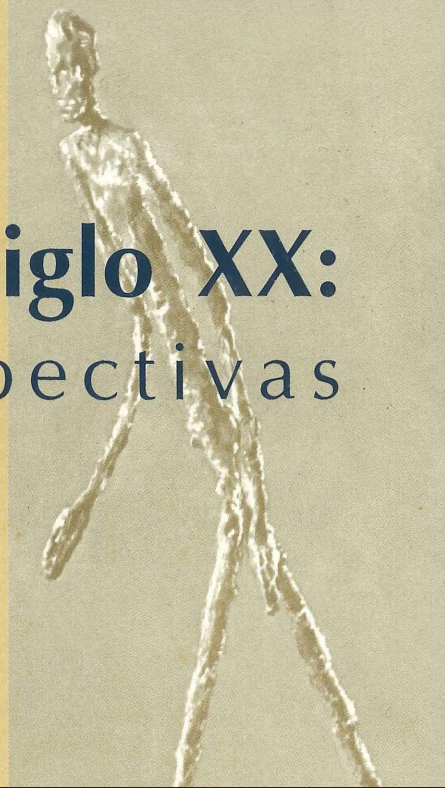
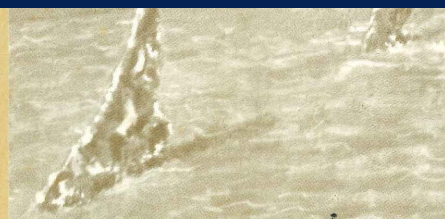


La filosofía del siglo XX: balance y perspectivas

Miguel Giusti | editor



Capítulo 75



Actas del
VII Congreso Nacional
de Filosofía



Pontificia Universidad Católica del Perú | Fondo Editorial 2000

La filosofía
del siglo XX:
balance y perspectivas

Miguel Gisella | editor

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria cuadra 18, San Miguel, Lima-Perú
Telf. 460-0872 - 460-2291 - 460-2870 anexos 220 y 356
Cuidado de la edición: Rocío Reátegui
Diseño de cubierta: Gisella Scheuch

La filosofía del siglo XX: balance y perspectivas
Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados
Impreso en el Perú - Printed in Peru
Primera edición: julio del 2000
ISBN 9972-42-354-9
Depósito Legal: 1501052000-2618



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FONDO EDITORIAL

Filosofía del desarrollo y ética ecológica

Luis Gómez
Universidad Nacional de Cajamarca

Mucho se ha dicho sobre el desarrollo. Hay posiciones encontradas que van desde un radical pesimismo hasta esperanzadores optimismos. Así, el desarrollo entendido a la luz de los paradigmas como Estados Unidos o Japón, opuesto al subdesarrollo (término inventado por el presidente norteamericano Truman el 20 de enero de 1949 en un discurso lanzado ante el Congreso de ese país) está al borde del abismo. "Todo mundo se confunde. Por usar sin sentido crítico esta palabra sobrecargada, ya condenada a la extinción, se está transformando su agonía en una condición crónica. Han empezado a emanar todo género de pestes del cadáver insepulto del desarrollo. Ha llegado el tiempo de revelar su secreto y verlo en toda su desnudez." afirma Gustavo Esteva en el *Diccionario del desarrollo* editado por Wolfgang Sachs.

Existe consenso en los teóricos del desarrollo. Éste no es sólo económico. Estados Unidos, Japón o Europa no son los únicos modelos paradigmáticos del desarrollo, entendidos fácilmente como países ricos, cuyo indicador económico sobrevalorado que mide tal riqueza, es la renta (PNB, PBI) *per cápita*, expresados en dólares norteamericanos. De esta manera el desarrollo cae en un dogmático reduccionismo económico. Sin embargo, eso, como se sabe, no mide el desarrollo, no es suficiente, deben considerarse otros aspectos, variables e indicadores como por ejemplo el alfabetismo, salud e incluso los valores éticos morales. Además, esos modelos no casan bien con aspiraciones más profundas de muchos pueblos denominados subdesarrollados o tercermundistas (contaminación irracional de la tierra por parte de los llamados países desarrollados). En este sentido, muchos académicos coinciden en que el desarrollo debe plantearse en términos más humanos. Ello implica desarrollar a los hombres con preferencias a las economías, que les permita tener un nivel de vida decente y bienestar total. El informe sobre el Desarrollo Humano del PNUD explica que los ingresos, la riqueza y acumulación de capital no resume la totalidad del empeño humano. El fin del desarrollo es la felicidad del hombre, en consecuencia tiene vigencia el planteamiento eudemonístico de Sócrates para quien: el fin del hombre es la felicidad y precisamente la "virtud" (excelencia) es la que conduce a ella. También el hedonismo, de alguna manera, encaja en el nuevo enfoque del desarrollo, diferente al economicista. Ello requiere de un replanteamiento y redefinición ética de la ciencia económica y de ciertos paradigmas de desarrollo.

Por lo tanto, el desarrollo económico igual a crecimiento rápido y distribución igualitaria de los ingresos es condición necesaria pero no suficiente del desarrollo, el cual debe incluir seis dimensiones tomadas en cuenta, proporcionalmente:

1. Un componente económico que aborde la creación y acumulación de riqueza y distribución equitativa.
2. Aspecto social medido como bienestar en salud, educación, vivienda y empleo.
3. Dimensión política que incluya valores como los derechos humanos, la libertad política, el derecho de voto y alguna forma de democracia.
4. Una dimensión cultural considerando que las culturas confieren identidad y sentido de dignidad a las personas.
5. Paradigma de la vida plena que comprende los sistemas de significación, símbolos y creencias como valores acerca del significado fundamental de la vida y la historia.
6. Salud ambiental para garantizar la utilización de los recursos, preservándolos en la coexistencia con la humanidad asegurando su presente y futuro.

En todo el proceso evolutivo del polisémico desarrollo (especialmente en las últimas décadas) ha llegado a un punto de serio cuestionamiento en lado ético de la ecología a fuerza de los problemas ambientales muy graves como consecuencia de un modelo civilizatorio, industrialista y depredador (destrucción de la capa de ozono, efecto invernadero, devastación de los bosques, empobrecimiento de los suelos fértiles, creciente escasez del agua tanto para la agricultura como para el consumo humano, acelerada reducción de la diversidad genética, la contaminación irreversible del aire y del agua) cuyas señales para los ecologistas, demuestran que la humanidad ha llegado a límites, además de haber llegado al límite de la "capacidad de carga" de la Tierra. En ese sentido el desarrollo intenta renovarse con el famoso *desarrollo sustentable* (moda que está siendo utilizada indiscriminadamente acompañada de eufemismos) dado por la comisión Brundtland en 1987: "El desarrollo que satisface las necesidades del presente sin comprometer la capacidad de futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades". Sin embargo para Sachs la sustentabilidad (para él entendido como el sospechoso matrimonio del desarrollo con el medio ambiente) sigue en la visión rentista y economicista de la naturaleza desvinculado de una visión ética ambiental con resultados irremediables contra la casa del hombre.

Es un hecho que el desarrollo sustentable busca reivindicar el medio ambiente, esto no es casual, pues los nuevos enfoques teóricos están orientados en ese sentido con una incorporación ético moral ecológica en sus planteamientos, incluidas la nuevas disciplinas de la economía (economía ecológica o econatura). Así, Shiva considera a la naturaleza como sustento de nuestras vidas; ello implica mostrar un respeto armonioso hacia ella en consonancia con la satisfacción de nuestras necesidades humanas. Para Gligo hay que colocar el ambiente y el desarrollo en un mismo plano, porque los extremos generan problemas humanos o problemas ambientales. También el desarrollo rural, en la medida que busque la sustentabilidad debe considerar aspectos ético-ambientales; al respecto, dicen los especialistas que debe iniciarse por la reforestación de las zonas áridas a corto, mediano y largo plazo a fin de mejorar la calidad de vida. Pues en opinión de los agroecologistas el subdesarrollo es sinónimo de desequilibrio ecológico en tanto que desarrollo es lograr como punto de partida el equilibrio ecológico tomando en cuenta la sucesión ecológica (proceso de forestación de lo simple a lo complejo de

los recursos naturales en un ecosistema) que permita garantizar por lo menos seguridad alimentaria básica en un comienzo.

Si embargo, en relación con los fines de la sostenibilidad, éstos no deben desligarse éticamente ni del entorno ni de la pobreza. La sostenibilidad no es válida si pondera exagerada y románticamente a la naturaleza olvidándose del ser humano como algunos pretenden hacerlo. Como afirma Hernán Garrido Lecca, “en un país como el nuestro, el ser humano es una —si no la principal— especie en vías de extinción...”, por lo tanto los “problemas ambientales son indesligables de los problemas sociales como son la pobreza extrema, el desempleo o la violencia”. Ello significa, teleológicamente, que la sostenibilidad es tal en la medida que logre resolver problemas ambientales y de extrema pobreza. De ninguna manera la pobreza debe imposibilitar el desarrollo sostenible.

La Unesco ha mostrado siempre su interés por tener una concepción de desarrollo con incorporación de principios axiológicos ambientales. Así en “Educación para un futuro sostenible: una visión transdisciplinaria para una acción concertada”, de noviembre de 1997 considera que otro fin de la sostenibilidad expresado en un equilibrio dinámico entre muchos factores, incluidos las exigencias sociales, culturales y económicas de la humanidad es la necesidad imperiosa de salvaguardar el entorno natural del cual forma parte el ser humano. Ello implica que el desarrollo sostenible es tal en la medida que toma en cuenta las propuestas ecológicas y económicas, es decir acoge las advertencias de los ecologistas y los argumentos de los economistas en favor del desarrollo, intentándose superar los viejos dilemas entre dos ciencias aparentemente irreconciliables, y teleológicamente diferentes.

Aquí viene la propuesta ética, entran en juego los valores éticos que según la Unesco “son el factor principal de cohesión social y, al mismo tiempo, el agente más eficaz para el cambio y la transformación”. El logro de la sostenibilidad está en relación directa una nueva actitud ético moral, pero ello dependerá de que se cambien los comportamientos y estilos de vida” (fieles reflejos de una determinada concepción filosófica), lo que exigirá un cambio de valores y los preceptos culturales y morales arraigados en que se funda la conducta. Aquí juega un rol vital la educación en forma tangible como intangible, lo que implica replantear de plano muchos modelos educativos caducos. Lo ético también debe alcanzar al reconocimiento de la dimensión intergeneracional de la sostenibilidad, por el bien del presente y el futuro tomando en cuenta nuestro pasado histórico con propuestas vigentes en la actualidad para la creación de un modelo de desarrollo propio.

En otro aspecto del desarrollo, éste está vinculado al problema de la *racionalidad*, pues un modelo de desarrollo lleva en sí una determinada *racionalidad* global coherente con las racionalidades componentes diversas como por ejemplo la cultural, la política, la económica, del mercado e incluso ecológica con características propias muy marcadas de un modelo a otro. En la racionalidad subyacen también las tendencias ético-morales del desarrollo y el ambientalismo.

A veces el desarrollo enfrenta un aparente insalvable dilema cuando se chocan los fines de las racionalidades. En este sentido la ecología ha lanzado grandes críticas a la racionalidad instrumental de la economía sobre todo a aquella que funciona en el mercado por ser la responsable de los daños ambientales ya conocidos. Frente a tal hecho se intenta redefinir los fundamentos teleológicos de las ciencias económicas. Aquí es necesario mencionar el gran aporte de Aristóteles en el deslinde entre economía y crematística mostrando claramente los fines

de cada una, dejando traslucir que la *oikonomía* es un medio y no un fin en sí mismo.

Sin pecar de chauvinistas nostálgicos sensibleros, debemos reconocer la importancia, en la arrollante globalización, de la racionalidad andina y su posible aporte a un nuevo modelo de desarrollo. Lo vigente de lo andino es por así mencionarlo el hecho de considerar a la naturaleza como un ser vivo, animado, donde el hombre es parte de ella, por lo tanto merece respeto y veneración. No existe esa visión jerarquizada donde el hombre es el rey de la naturaleza con derechos irrenunciables a explotar irracionalmente sus demás elementos. Para el hombre andino, esto es muy sabido, la tierra es su madre. La vida humana crece o debe crecer en armonía con la naturaleza, la armonía es el equilibrio. La salud humana y ambiental es sinónimo de armonía. En el caso de la tecnología, la andina es selectiva en consonancia con la naturaleza, totalizadora, de respeto a la tierra. Aquí, dicen los ecologistas y andinistas ha fracasado innegablemente la racionalidad occidental que mira a la naturaleza desde la lógica inhumana de la razón instrumental cuyo soportes proceden de la economía, industrialización, la ciencia y la tecnología. La racionalidad occidental choca frontalmente con la concepción de desarrollo a escala humana, la cual entre sus postulados considera que el desarrollo se refiere a las personas y no a los objetos. Es por ello que la economía está para servir a las personas, y no las personas para servir a la economía, lo mismo sucede con las abrumadores avances de la ciencia, la tecnología y la industrialización.

La llamada modernidad implica una racionalidad que tiene que ver con la herencia cultural introducida en Occidente con el pensamiento crítico y, de manera general, con la Ilustración del siglo XVIII (idólatras de la diosa razón). Tal modernidad tiene como paradigmas incuestionables a la ciencia y tecnología, ante la cual "la naturaleza perdió su encanto, su velo de misterio", afirma Enrique Urbano. El hombre moderno la miró (a la naturaleza) con ojos tiránicos del despilfarro, lucro y desprecio. La racionalidad moderna justifica la incontenible industrialización y el consecuente proceso acelerado de innovación, que a la luz de los resultados ha causado grandes problemas ambientales (destrucción de la capa de ozono con los clorofluorocarbonados: CFC). Aquí conviene un replanteo ético. La industrialización, la ciencia y tecnología no son fines en sí mismos. El fin es el bienestar, la felicidad y el placer superior del hombre. Como lo indica el documento de la UNESCO ya mencionado, "en la medida que el conocimiento será el motor del cambio, el vínculo entre la ética y la ciencia —agregamos, y la técnica— será clave para resolver muchos de los problemas del futuro".

Muchos modelos de desarrollo siguen confiando su éxito mayoritario en el mercado como el asignador eficiente de recursos y que bien lo argumentan los monetaristas defensores del capitalismo avanzado. El mercado (cada vez más globalizante) "lo resuelve todo" sentencian los liberales del siglo XVIII encabezados por Adam Smith, autor de la famosa concepción de la "mano invisible" cuyos nuevos apóstoles son los *chicago boys* (neoliberalismo) del presente siglo, exaltando el individualismo frenético a veces despiadado e inhumanamente egoísta que muchas veces va contra la naturaleza, el mismo hombre. El mercado (con el precepto del "sálvese quien pueda") nos ha llevado al pragmático consumismo deshumanizante donde el tener (muchas veces frívolamente) vale mucho más, exageradamente, sobre el ser. Por ello Arnold Toymbee dice: "Parecería que para lograr trascender el hombre tendrá que hacer prevalecer su objetivo espiritual so-

bre su codicia por el poder material." Algo que las sobredimensionadas fuerzas del mercado no está en condiciones de resolver.

En el tema ecológico, el mercado, desligado de sustento axiológico, ha demostrado, muchas veces, la incapacidad de resolver las exigencias ambientales. La crisis ambiental corresponde al modelo capitalista de desarrollo, afirma Henri Aeselrad. No somos enemigos absolutos del mercado, confiamos en la competencia como medio para la superación constante y plena pero con una visión más humana. Estamos de acuerdo que un país logre, por vía de las endiosadas fuerzas del mercado, mayores inversiones, aumento de la producción y la productividad (acumulación de riqueza) eficiencia, eficacia, efectividad utilizando sus recursos naturales; sin embargo, todo aquello son sólo medios y no fines.

Por otro lado, la globalización pretende imponernos un modelo único de desarrollo en búsqueda de una cultura universal homogeneizada poniendo en serio riesgo la identidad nacional. Pero todo no es posible globalizar, por ejemplo, las aspiraciones de los pueblos. Es retórico eso de los valores "universales" de la razón económica sin considerar las identidades culturales, la riqueza de la pluralidad étnicas, diversidad de comunidades. En la orquesta sinfónica mundial de la globalidad debemos incorporarnos con nuestro propio instrumento, con lo que tenemos, con lo que podemos y sabemos hacer, tal es el caso de la gran solidaridad de los miembros de las organizaciones populares como mecanismo de sobrevivencia.

Cambiando un poco de aspecto sobre el tema. Todas las tendencias desde tecnocráticas hasta epistemológicas, desde filosofías de la administración hasta teorías económicas apuntan a la educación como la piedra fundamental del desarrollo. La dinámica de los cambios, las innovaciones abrumadoras permanentes, cada vez más sorprendidas no pueden ser desconocidos en la historia presente de la humanidad y la forma de enfrentarlos es la educación basada en una interiorización de una nueva escala de valores. Justamente el desarrollo humano se lograra con coherentes actitudes bajo sólida formación ético-moral.

La quiebra espantosa de valores (anomía social), es un gran problema educativo, que ha llevado a crisis humanas y ambientales como muy bien resalta Viviane Forrester en el *Horror económico*. Eso significa que la práctica mínima de valores es una buena medida, con ciertas perspectivas, para nuestro desarrollo. Así debemos adquirir una filosofía del trabajo como parte de la realización humana plena. También reivindicar la honradez (conducta según la verdad), la honestidad, la responsabilidad. Pues abundan los ejemplos atentatorios (copiarse del examen del compañero, el alumno que copia un trabajo del compañero, el transportista que repleta exageradamente el bus, empresas que les interesa el lucro desmedido antes que la protección ambiental, etc.). Hay que desterrar las viejas herencias colonialistas como es la tentadora "viveza criolla" expresada en conductas deplorables y mentalidades reducidas. La nueva educación para el desarrollo exige nuevos aprendizajes: aprender a aprender, aprender a producir, aprender a enriquecer la propia cultura que permita autoestima, identidad, aprender a compartir con los propios; y aprender a ser ciudadanos plenos. Además debe dejar de ser puramente verbal y memorista así como debe desarrollar habilidades para enfrentar el siguiente milenio.

El Estado también tiene su rol en el desarrollo. Al igual que el mercado debe ser un asignador eficiente de recursos en capital humano (en este sentido el cortoplacismo del mercado ha fracasado) en tecnología, infraestructura, además de la protección ambiental como afirma la "New Growth Theory". El Estado debe ser

fuerte con principios axiológicos promotor del desarrollo que actúe donde le corresponde: salud, educación, por ejemplo entre otros aspectos, y que no intervenga en donde no debe. No se trata de suplir al mercado. El Estado es el responsable de la seguridad jurídica, estabilidad institucional y política, fortalecimiento de los valores y mecanismo democráticos. Éstos son otros elementos del desarrollo de un país.

El reto es crear nuestro propio modelo de desarrollo empezando por actuar buscando el bien común desde donde nos desenvolvemos cotidianamente. El desarrollo requiere nuestra participación continua y práctica (autogestionario), antes que retórica. El desarrollo no es sólo pura teorización sofisticada. Es participación, compromiso y no imposición verticalista de modelos, estilos o paquetes modernizantes por parte de eminencias, genialidades, expertos o paradigmas. El desarrollo muchas veces depende de nosotros mismos y es ahora, por un mundo mejor. Así sea.